

Joaquín Berges  
UNA SOLA PALABRA

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

1.ª edición: marzo de 2017

© Joaquín Berges, 2017

Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. - Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-9066-389-9  
Depósito legal: B. 1.823-2017  
Fotocomposición: Moelmo, S.C.P.  
Impresión: Cayfosa (Impresia Ibérica)  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

## Índice

1. Una casa con terraza . . . . .	13
2. La misma palabra . . . . .	27
3. Una pesadilla lejana . . . . .	39
4. La solapa de tus libros . . . . .	54
5. Todos los puntos del universo . . . . .	68
6. Unos cipreses como esos . . . . .	78
7. Carmen1969 . . . . .	94
8. Vidas separadas . . . . .	104
9. Una foto de los tres juntos . . . . .	118
10. Maletas en la bañera . . . . .	129
11. Un libro de pintores franceses . . . . .	142
12. Los diez sentidos del cuerpo humano . . . . .	153
13. Dos folios por las dos caras . . . . .	164
14. El jardín de Monet . . . . .	174
15. Lo bueno de sentirse mal . . . . .	182
16. A salvo de todo . . . . .	190
17. Una palabra de otra lengua . . . . .	202
18. La memoria espacial . . . . .	215
19. Constelaciones doradas . . . . .	224
20. Clases de español . . . . .	231
21. Mamíferos . . . . .	240
22. <i>Tout va bien</i> . . . . .	249
23. Un cuadro de este lugar . . . . .	259

24. Todo lo inolvidable . . . . .	271
25. Usa un sinónimo . . . . .	282
26. La sirena de la playa . . . . .	293
27. Un lugar inexistente . . . . .	304
28. Lejos del presente . . . . .	312
29. Nada que decir . . . . .	321
30. Una escena . . . . .	330
31. Palabras con acento argentino . . . . .	341
32. Historias de frío extremo . . . . .	352
33. La luz azulada . . . . .	362
34. <i>Let it go</i> . . . . .	373
35. Ejercicio de enumeración . . . . .	383
36. Tus iniciales bordadas . . . . .	394
37. La piedra de un molino . . . . .	404
38. Campos de maíz . . . . .	414
39. Como una terapia . . . . .	423

1  
Una casa con terraza

La mujer baja del taxi y mira a su alrededor como si estuviera en un remoto lugar del planeta. No reconoce el portal de su propia casa. No recuerda que vive en ese edificio desde que se divorció. Su hija le ofrece el brazo para acceder a la acera mientras el taxista la ayuda con una bolsa poco común, demasiado grande para ser un bolso y demasiado pequeña para una maleta.

Paula se detiene ante el edificio y levanta la cabeza.

—¿Recuerdas tu casa? —le pregunta a su madre.

Celia duda un momento.

—Recuerdo una casa pero no es esta.

—¿Cómo es?

—Tiene un portal estrecho con rejas en los cristales y un número cuatro de color granate puesto encima.

Paula trata de hacer memoria.

—No recuerdo que hayamos vivido nunca en un portal con ese número.

—Quizá sea un catorce o un cuarenta.

—Tampoco.

Alguien ha abierto el portal. El ascensor las conduce al último piso mientras Paula saca de su bolso un manojito de llaves. Lo hace sin perder de vista a su madre. Está en todo momento pendiente de ella porque ignora lo que recuerda

y lo que no. Incluso mueve las llaves y las hace sonar, quién sabe si involuntariamente o para provocarle algún tipo de recuerdo auditivo.

—Deja que te oriente —dice cuando abre la puerta del piso—. Aquí, a la derecha, nada más entrar, está tu estudio. La siguiente puerta es tu dormitorio. Luego está el mío. Enfrente el baño. A su lado la cocina y al fondo el salón.

Celia entra en su casa con la mirada perdida y el ceño relajado, como quien se esfuerza por recordar algo imposible. Entreabre la puerta de su estudio y echa un vistazo. Hay una mesa de trabajo con un ordenador portátil, un sillón orejero y una lámpara de pie junto a una estantería llena de libros. Se asoma también a su dormitorio y suspira. Al otro lado de la cama hay dos puertas cerradas. Paula no hace ademán de abrirlas. Prefiere que sea su madre quien vaya redescubriendo la casa por sí misma.

Celia se mueve muy despacio y en completo silencio. Avanza por el pasillo sin intención de abrir ninguna otra puerta hasta que llega al salón, una estancia dividida en dos alturas, una con un tresillo de piel y otra con una mesa de comedor frente a un haz de luz que entra por la izquierda.

—No tienes que pedirme permiso para salir a la terraza —dice Paula, cuando su madre la mira—. Estás en tu casa.

Salen juntas. Hay maceteros demarcando el perímetro de la terraza, una mesa en el centro con cuatro sillones y una techumbre de nubes blancas en movimiento.

—Recuerdo una terraza desde la que se ve el mar —dice Celia.

—Debe de ser la casa de la playa —sugiere Paula—. ¿Recuerdas algún detalle especial?

—Simplemente se ve el mar. Y el mar se ve igual desde cualquier sitio.

Paula tuerce ligeramente la cabeza.

—Recto y azul con destellos brillantes —añade Celia—.  
Da igual desde donde mires.

Se ha sentado en uno de los sillones.

—¿Quieres beber algo?

—¿Qué suelo beber?

—Te traeré un vaso de agua.

Paula se da la vuelta y entra en el piso dando largas zancadas, como si tuviera una prisa innecesaria. Celia no puede interpretar su actitud. No sabe si ha dicho algo inoportuno o si su hija se mueve siempre a esa velocidad.

—Aquí tienes —le dice Paula trayendo dos vasos de agua y sentándose frente a ella, de espaldas a la barandilla—. No sé si eres consciente, pero te has sentado en tu sillón favorito.

Celia posa las manos en los brazos del sillón y lo mira con curiosidad.

—Mi culo tiene más memoria que yo —dice.

Y confirma las sospechas que ha tenido Paula desde que su madre despertó del coma. No ha perdido su sarcasmo habitual.

—¿No tienes que trabajar? —pregunta Celia.

—Hoy no. Me han dado el resto del día libre.

—Qué suerte.

No se miran a la cara mientras hablan. Están incómodas porque saben que ha llegado la hora de la verdad. Ya no hay médicos, enfermeros ni asistentes con los que hacer comentarios banales, ni visitas con las que entablar conversaciones de hospital. Están solas la una frente a la otra.

—¿Tampoco tienes que atender a tu familia? —continúa preguntando Celia—. ¿O en casa también te han dado el día libre?

Paula sonríe con la boca. No con los ojos.

—Así es —dice.

—¿Y qué hacemos?

—No tenemos que hacer nada. Simplemente estar aquí tomando el sol.

—¿Y cuando se haga de noche?

—Entraremos a ver la televisión o a leer un rato. Quiero seguir leyéndote en voz alta.

Celia abre mucho los ojos.

—No me he quedado ciega —dice.

—Me gusta hacerlo —replica Paula—. Y además estoy segura de que si escuchas tus propias palabras te recuperarás mucho antes.

—Es un libro muy aburrido. —Celia da un manotazo al aire—. ¿Por qué lo has elegido?

—Es el primero que te publicaron.

—¿Cómo se titula?

—*Primer beso*.

Celia frunce el ceño y curva los labios hacia abajo.

—No es un libro romántico —dice.

—Es una recopilación de los artículos que publicaste en el dominical. ¿Quieres que te lea un par de ellos?

Paula entra en casa y regresa con el libro.

—¿Me has leído todo eso?

Celia se sorprende viendo las páginas que quedan a la derecha del marcapáginas.

—Comencé la semana pasada —responde Paula con una mueca de preocupación—, por las tardes, antes de que te entraran la merienda. No me digas que no te acuerdas.

—Sé que me has estado leyendo pero solo recuerdo alguno de esos artículos.

Paula repasa lo leído acariciando el borde de las páginas con su pulgar, como si fueran naipes recién mezclados.

—Es normal que no recuerdes algunas cosas —dice sin dejar de mirar el libro—. Ya oíste a los médicos.



—¿Y qué te hace pensar que recuerdo lo que dijeron los médicos?

—Mamá —Paula sonrío—, no juegues conmigo.

Celia bebe un sorbo de agua y se arrellana en el sillón para escuchar a su hija, pero Paula no lee. Tiene una curiosidad.

—¿Qué artículos recuerdas?

—Los que ahora mismo no podría escribir.

—¿Por qué no?

—Porque no sé nada de los temas que tratan.

A Paula le gustaría saber cuáles son esos artículos, pero no se atreve a iniciar ningún tipo de discusión. Todo lo que hace es elevarse sobre las puntas de los pies, como quien se queda con las ganas de decir algo. Celia afirma con la cabeza y encoge los hombros. Entrecierra los ojos, coloca una mano en su barbilla y mira a Paula sin enfocarla, como si estuviera cegada por un destello brillante. Es una conversación sin palabras.

Paula no se mueve. Ni siquiera desvía la mirada. Supone que el cerebro de su madre está clasificando y ordenando los recuerdos. Sus colegas del hospital le han advertido de que algo así sucedería y considera que no debe molestarla de ninguna manera.

—Quiero acostarme un rato —dice Celia unos minutos después.

Paula se levanta para ayudarla. Esto también se lo advirtieron. La recuperación de la memoria es un ejercicio extenuante que deja al paciente sin fuerzas para seguir despierto. La acompaña a su dormitorio, la sienta en la cama y la ayuda a descalzarse. Celia se agarra a los brazos de su hija para acostarse encima de la colcha, tal como está, y se duerme al instante. Paula permanece un par de minutos más en la habitación. Aunque sabe que forma parte de su confusión

mental, no puede creer que su madre haya olvidado el contenido de sus artículos.

Celia se despierta dos horas después en un estado de suprema relajación. Tanto es así que tiene que mover los dedos de las manos y los pies para confirmar que están operativos. Últimamente se despierta con el temor de haber recuperado la memoria a costa de haberse quedado inválida. Cuando comprueba que puede moverse y que no tiene ningún gotero pinchado en el brazo se incorpora y se sienta en el borde de la cama. Ya no está en el hospital.

Se levanta y abre una de las puertas que hay junto a la cama. Es un vestidor que se ilumina automáticamente mostrando una nutrida colección de prendas de vestir y todo tipo de accesorios, además de un montón de zapatos ordenados por parejas. Pasa una mano por las prendas colgadas a la derecha sin detenerse en ninguna, como si estuviera tocando un acorde de harpa. Se fija en las chaquetas de punto, cuidadosamente dobladas y ordenadas por colores. Abre un cajón y revuelve la ropa interior que contiene sin prestarle ninguna atención mientras se mira en el espejo. No puede apartar los ojos de sí misma. Da dos pasos hacia delante para aproximarse y se mira con la cabeza levantada, examinándose con curiosidad y extrañeza.

Su hija la mira más o menos de la misma forma cuando sale a la terraza vestida con unos pantalones de algodón y una camiseta lisa sobre la que hay bordada una gran flor de colores plateados.

—La ropa que hay en el vestidor es mía —dice Celia como quien no se atreve a preguntar una obviedad.

Paula tampoco se atreve a responder.

—No me vale nada —protesta Celia—. Esto es lo único que he encontrado de mi talla.

Mira a su hija esperando una explicación.

—Has adelgazado —le dice Paula.

Celia se cruza de brazos. Se acaba de despertar de una larga siesta y aparenta tener la energía necesaria para quedarse de pie hasta que Paula sea más explícita.

—Ya te lo dije —añade esta—. Has pasado dos meses en el hospital y has perdido varios kilos.

—Dime cuántos.

—Doce.

Celia se mira, por este orden, los brazos, el abdomen y las piernas. Está tratando de calcular cuánto pesa.

—Estaba muy gorda —dice a modo de conclusión.

—Un poco, sí.

—¿Comía mucho o es que no hacía ejercicio?

—No hacías nada de ejercicio —responde Paula deseando cambiar de tema—. He preparado algo para cenar. Espero que te guste.

Se levanta del sillón con intención de entrar en el piso, pero no puede dar ni un paso porque Celia se interpone en su camino.

—Siéntate —le ordena—. Tengo algo que decirte.

Paula obedece.

—No sé lo que te han contado tus amigos del hospital, pero quiero que comprendas que sé perfectamente quién soy. —Hace una pausa para sentarse en el mismo sillón que antes—. Lo que no recuerdo es cómo soy. Por eso necesito ayuda. Tú y todos los que compartáis la vida conmigo tenéis que ayudarme a recordar cómo vestía, cómo me comportaba en público, qué cosas me gustaba hacer y cuál era mi comida favorita.

—Por supuesto.

—De nada sirve que me leas mis libros si luego no respondes mis preguntas, así que dime, ¿por qué crees tú que estaba tan gorda?

Paula no sabe qué hacer. Sus colegas de neurología le han aconsejado que trate a su madre con extrema delicadeza, evitándole cualquier tipo de sobresalto o disgusto.

—No entiendo por qué quieres saber una cosa así —responde tratando de agarrarse a una última excusa.

—Por algún sitio hay que empezar.

Paula suspira como quien se enfrenta a lo inevitable.

—Comías más de la cuenta y hacías poco ejercicio —dice.

—¿Y qué más?

—Y bebías mucho.

Como si ella también supiera que debe recuperar la salud sin llevarse ningún disgusto, Celia guarda silencio. No pregunta por qué bebía mucho. Se limita a asentir un par de veces mientras levanta una mano para que Paula sepa que es libre de ir a donde quiera.

—He preparado una ensalada de pasta y he cortado algo de fruta —dice cuando regresa de la cocina con una bandeja—. Te gustan mucho las ensaladas, aunque creo que las aliñas con un exceso de mayonesa y otras salsas calóricas.

Mira a su madre con las cejas muy levantadas en señal de pretendida sumisión.

—Esta solo lleva aceite y vinagre —continúa diciendo—. No puedes tomar sal. Eres hipertensa.

—Lo sé —responde Celia. Y para evitar confusiones añade—: Es una enfermedad habitual en nuestra familia. Mi padre era hipertenso. Y sus hermanos también.

Paula reparte los cubiertos.

—¿Recuerdas a tu padre? —le pregunta sirviendo la ensalada.

Celia bebe un sorbo de agua.

—Recuerdo a mi padre cuando tenía los mismos años que tengo yo ahora, más o menos.

Luego se queda inmóvil, en silencio, pero no es más que una manera de reunir fuerzas para seguir preguntando.

—Supongo que ya habrá muerto —dice.

Paula no duda esta vez, quizá porque esperaba este tipo de preguntas.

—Hace más de diez años.

—Lo que sí recuerdo es la muerte de mi madre —añade Celia.

A Paula le extraña que sea capaz de recordar la muerte de la abuela y haya olvidado la del abuelo pero no dice nada. No se atreve a preguntar ni a dar más detalles que los estrictamente requeridos.

—Todo es muy confuso —dice Celia mientras Paula le rellena el vaso de agua—. Los recuerdos van y vienen sin ningún orden, como si en mi cabeza hubiera estallado una revolución.

—Es normal —contesta Paula—. Ya te lo han explicado. Pasará un tiempo hasta que tu cerebro se recupere y puedas ordenarlos cronológicamente.

Celia asiente jugando con el tenedor en la ensalada.

—¿Cuándo volveré a hablar con tu hermano? —pregunta.

—Me dijo que llamaría mañana, pero no te lo tomes al pie de la letra porque siempre está muy ocupado. Además está el problema de la diferencia horaria. ¿No te gusta la ensalada?

—No tengo apetito. Vuelve a contarme lo de tu hermano.

—¿Qué quieres saber?

—Me dijiste que vivía en Argentina, ¿qué hace allí?

Paula mira a su madre con suspicacia. No es posible que haya olvidado todo lo que le ha contado en el hospital. Se siente vigilada, como el detenido que tiene que repetir una y otra vez su coartada para demostrar su solidez.

—Es periodista como tú y trabaja para la agencia EFE. Lleva cuatro años como corresponsal en Buenos Aires y se ocupa de cubrir todos los conflictos de Sudamérica.

—Ya.

—Por eso el otro día te llamo desde Colombia, porque hay problemas en la frontera con Venezuela.

—¿Está casado? ¿Le gusta su trabajo?

Paula se encoge de hombros.

—No está casado —dice a punto de resoplar de impaciencia—. Y supongo que sí, que le gusta su trabajo. Podrás preguntárselo tú misma cuando venga a verte.

—¿Cuándo será eso?

—No tengo ni idea pero te aseguro que vendrá. No te preocupes.

Celia se queda pensativa mientras mastica muy lentamente.

—¿Nos llevamos bien? —pregunta.

—¿Por qué preguntas eso?

—Si los dos somos periodistas es probable que nos llevemos mal. Ya sabes, por simple rivalidad profesional.

Paula sonríe, inspira y niega con la cabeza.

—Os lleváis bien —dice suspirando—, no te preocupes.

A Celia le disgusta la condescendencia de su hija. La hace sentirse como una niña muy vieja, una anciana incapaz de razonar a quien hay que darle siempre la razón. Acaba su ensalada sin hacer más preguntas. Con la ayuda de un palillo se come un par de trozos de piña y deja la servilleta sobre la mesa para indicar que ha terminado.

—¿Tengo que tomarme este brebaje?

Paula le ha servido una taza humeante.

—Siempre tomas una infusión después de cenar. ¿No te apetece?

—No me gusta beber agua caliente.

—No te la bebas si no quieres —dice Paula—. Te la he preparado para recordarte cómo eras, tal como me has pedido.

Celia observa cómo el calor asciende formando volutas de vapor.

—¿Te han hablado los médicos de esto? —pregunta.

—¿De qué?

—De que el ataque haya podido cambiarme de alguna manera.

—No sé qué decirte —responde Paula—. Hemos hablado de muchas cosas. En teoría solo sufres una pérdida parcial de la memoria. No tiene que haberse producido ningún otro cambio orgánico.

Celia niega convencida.

—He adelgazado doce kilos —dice.

—Eso es otra cosa.

—Y no sé cómo pude escribir los artículos que me leíste.

Paula siente una curiosidad científica cuando se dirige a su madre.

—No entiendo qué quieres decir.

—¿Quién soy yo para opinar sobre ideas políticas, avances científicos, problemas sociales, inquietudes espirituales o acontecimientos históricos?

Paula muestra sus manos abiertas, con sus dedos muy separados.

—Eres una periodista que siempre se ha documentado a conciencia antes de escribir sus artículos.

Celia no termina de comprender.

—¿Cómo hacía semejante cosa? —dice.

—De muchas formas —responde Paula—: hablando con la gente, reflexionando, leyendo libros de consulta y repasando las hemerotecas.

Sus pestañas se mueven como abanicos en un día de calor.

—No creo que pueda hacerse de otra manera —añade.

—Quizá solo deberíamos escribir sobre lo que no requiere ningún tipo de documentación —contesta Celia.

—No es eso lo que has hecho durante toda tu vida.

—¿Toda mi vida?

—Al menos desde que te conozco.

—Cuando tú naciste yo ya había vivido buena parte de mi vida.

Paula tiene que morderse la lengua. Le gustaría seguir conversando con su madre, como en los viejos tiempos, cuando ella era una adolescente con ideas incendiarias y su madre una mujer tan segura de sí misma que daba miedo llevarle la contraria, pero sabe que no debe alterarla ni provocarla. Es mejor esbozar una sonrisa y levantarse para recoger la mesa pretendiendo tener una prisa totalmente inverosímil.

Celia se queda un rato más en la terraza con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón, mirando al cielo de la noche. No lo dice pero recuerda el nombre de algunas estrellas, las que se ven desde las ciudades, las estrellas urbanas. Suspira hondo. Ella también habría querido seguir hablando con Paula. Tiene infinidad de preguntas que hacerle. Recuerda algunas cosas con claridad, quizá con más claridad que antes del ataque, pero intuye que ha olvidado otras que seguramente habría descrito como inolvidables. Y luego están los recuerdos que aparecen y desaparecen, subiendo y bajando como si su mente fuera un líquido hirviendo dentro de su cráneo. Y los sueños que tiene por las noches, y el recuerdo que guarda de ellos, mezclado con otras remotas vivencias del pasado.

Algunas mañanas no sabe si lo que recuerda es real o soñado, quizá soñado hace mucho tiempo, o leído, escucha-



do, imaginado o visto en una película. Ni siquiera sabe si el recuerdo de una película puede considerarse real o soñado.

—¿Quieres ver un rato la televisión?

Paula ha salido a la terraza frotándose los brazos con las manos.

—Está refrescando —añade—. Será mejor que entres.

Celia no se mueve del asiento. Sin ser consciente de nada, está siendo ella misma. Nunca le ha gustado levantarse de una mesa sin saber adónde dirigirse. Y en ese momento no lo sabe.

—Puedo leerte un poco —le propone Paula—, o igual te apetece pasar un rato en tu estudio con tus libros y tus cosas.

Celia la mira a los ojos.

—¿Es eso lo que suelo hacer después de cenar?

—Hace años que no vivimos juntas —responde Paula—, así que no sé lo que haces después de cenar. Y además no sueles cenar en casa.

Celia acepta la ayuda de su hija para levantarse. Tiene el equilibrio algo inestable y no quiere tropezarse. Ni mucho menos caerse. Sabe que es una carga y no quiere empeorar las cosas. Recorre su casa en el sentido inverso al de entrada y llega hasta su estudio. Paula la invita a sentarse en el sillón orejero.

—Te dejo sola —dice encendiendo la lámpara que hay junto al sillón—. Voy a mi cuarto pero estaré leyendo un buen rato. Luego, cuando quieras acostarte, me llamas y te acompaño a la cama. ¿De acuerdo?

Celia recorre con la vista la librería que tiene enfrente. Está atestada de ejemplares colocados vertical y horizontalmente hasta ocupar todo el espacio disponible. Balda a balda, la estantería es una especie de mosaico formado por lomos de enciclopedias, libros y revistas.

No se levanta pero siente un respingo de entusiasmo cuando reconoce alguno de esos libros, más de los que esperaba. Es difícil evitar el entusiasmo cuando uno desconoce los límites de su memoria. Recuerda a alguno de sus autores favoritos, como su admirado Borges, Rulfo, Faulkner y los norteamericanos de la primera mitad del siglo xx. Recuerda a varios personajes de ficción, algunas tramas y lugares que ha conocido gracias a la literatura, así como los grabados que adornan algunos de esos libros, aunque no se arriesga a levantarse para comprobar la veracidad gráfica de sus recuerdos. No quiere desilusionarse.

—¿Necesitas algo?

Paula ha aparecido silenciosamente en el marco de la puerta. Lleva un pijama de manga corta y el pelo suelto.

—Estoy bien, gracias.

—No te acuestes tarde.

—Tranquila.

Paula no se va. Quiere decir algo pero no encuentra el modo de hacerlo de manera espontánea y natural.

—Mamá —dice.

—¿Qué?

—¿Te acuerdas de mí?

Celia parpadea un par de veces y sonríe interiormente. Ha percibido un reconfortante atisbo de humedad en los ojos, una sensación inédita desde que despertó del coma.

—Claro que sí —dice casi susurrando, como si estuviera diciendo algo completamente innecesario.

Aunque lo está, Paula no quiere parecer aliviada. No sonríe ni nada parecido. Se está comportando como un maniquí. O un vegetal.

—Me acuerdo perfectamente de ti —añade su madre—, cuando eras una niña.